

STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



BILZARD
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Hijos del vacío

Matt Burns

Un observador invisible surcaba el silencioso cielo de Shakuras sin rumbo fijo. Era una de las muchas sondas automatizadas que patrullaban el planeta día y noche. Esta, en particular, rastreaba una ruta de vigilancia en una pequeña sección de la capital, Talemатros.

La ciudad se prolongaba kilómetros de distancia en todas direcciones y constituía una extensión de piedra y metal que se asemejaba a una inmensa piel de reptil. Miles de espirales puntiagudas sobresalían de la superficie. Una densa niebla difuminaba y reflejaba la luz de los cristales iluminadores que poblaban el paisaje urbano. A esta hora de la noche, reinaba la calma. La mayoría de los protoss de Aiur y los nerazim que vivían en Talemатros dormían. Los únicos movimientos que el observador detectaba eran los de los centinelas y otras sondas de seguridad en alguna parte de la ciudad.

La matriz sensorial bulbosa del observador giraba de lado a lado como un enorme ojo de insecto, captando toda la información. La sonda determinaba qué guardaba y qué descartaba de lo que veía. Su propósito principal era proteger a los habitantes de Talemатros de cualquier peligro posible, incluyendo las amenazas que suponían los unos para los otros.

El observador no podía comprender las sutilezas de la relación entre los nerazim y los protoss de Aiur, ni las razones por las que las tensiones entre ellos habían alcanzado cotas tan febriles últimamente. La sonda solo tenía una consigna: ayudar a preservar a los daelaam, el gobierno de la unidad.

Al no percibir nada fuera de lo normal, el observador se giró para regresar a su ruta preprogramada. Fue entonces cuando detectó la anomalía. Algo había cambiado en la Ciudadela: la base daelaam. No había saltado ninguna alarma en el edificio, pero los centinelas no respondían.

Un propulsor gravítico impulsó al observador hacia la Ciudadela para investigar. La estructura piramidal se elevaba sobre la niebla, que ocultaba la mayor parte de la ciudad. Intrincados patrones geométricos entrelazaban la brillante superficie hecha con aleaciones de la Ciudadela.

El edificio se ubicaba sobre un inmenso disco que solía levitar durante el día, elevando la Ciudadela entera por el aire. Pero de noche, el disco se posaba en el suelo. Un largo estandarte colgaba de una ventana cercana al vértice de la Ciudadela. Cuatro círculos en equilibrio, el símbolo daelaam, aparecían tejidos con hilo de oro brillante.

El observador se detuvo y planeó unos cuantos metros desde la ventana. La sonda intentó comunicarse con los centinelas apostados dentro del edificio, pero no respondieron.

Alguien se movió al otro lado de la ventana. Alguien rodeado por un campo de invisibilidad. Los sensores del observador vieron a través del camuflaje. La figura era un varón nerazim. Tenía los ojos verdes, no azules como los de los protoss Aiur. Los nervios que sobresalían de la parte posterior de la cabeza habían sido cercenados, una costumbre nerazim. Pero el observador no pudo identificar quién era exactamente el extraño. Su cara permanecía oculta tras una máscara esculpida en un cráneo de hidralisco zerg.

Una cuchilla de distorsión apareció fulgente de un guantelete blindado que se escondía en la muñeca de la figura. Deslizó la cuchilla de energía dibujando un arco cerrado por fuera del marco de la ventana. El estandarte daelaam cayó, seccionado del edificio, y se alejó dando vueltas sobre sí hasta desaparecer entre la ondeante niebla.

Un nuevo estandarte se desplegó en la ventana. Era de color verde, con los bordes rasgados y hechos jirones, y veintisiete cristales violetas bordados a lo largo.

El nerazim levantó la vista al cielo, y sus radiantes ojos se fijaron en el observador invisible. Habría sido imposible verlo, a menos que el extraño hubiera establecido sus propios dispositivos de vigilancia dentro de la Ciudadela. Puede que lo hubiera hecho. La sonda detectó fuentes de energía que palpitaban dentro del edificio, pero no pudo determinar su propósito.

Consciente de haber sido visto, el observador comenzó a alejarse de la ventana. Pero ya era demasiado tarde. El nerazim apareció y atravesó con su cuchilla de distorsión el casco de metal de la sonda.

El observador solitario se precipitó desde el cielo, dejando un rastro de humo, y desapareció entre la bruma.

* * *

Vorazun colocó su bastón en el suelo y cerró los ojos mientras la plataforma de transporte aceleraba y la elevaba desde un nivel inferior de Talematros hasta el nivel más alto de la ciudad.

Los recuerdos volvieron a aparecer: una grabación holográfica de una nave de transporte nerazim colisionando contra un escuadrón de fénix de Aiur que orbitaba sobre Shakuras. Los escudos se

quebraban. Los cascos de metal y los cuerpos se desintegraban. Gritos psiónicos de dolor se silenciaban mientras los veintisiete nerazim del transporte se fundían con la noche eterna.

Vorazun había visto la grabación tantas veces que era lo único que se le aparecía cuando cerraba los ojos; lo único que soñaba por las noches. Volvió a preguntarse si podría haber evitado la tragedia. Siempre se había opuesto a que los nerazim se unieran al ejército unificado daelaam, la Gran Armada. ¿Tendría que haber hecho algo más para impedir que su pueblo formara parte de ella? Si lo hubiera hecho, ¿seguirían vivos los veintisiete? ¿Podría haber evitado el incidente de la Ciudadela?

—¿Quién más conoce la situación?

Vorazun abrió los ojos mientras proyectaba sus pensamientos hacia el sistema de enlace psiónico de su guantelete. El aire silbaba en el exterior de la plataforma de transporte, sacudiendo con fuerza sus ropajes violeta y el velo de su rostro.

—Solo unos pocos, aparte del jerarca Artanis y la ejecutora Selendis —replicó Zahan a través del enlace—. Estaban supervisando maniobras con la Gran Armada en otra parte del sistema solar cuando oyeron las noticias. Les llevará una hora llegar a Shakuras. Mientras tanto, han enviado a Mohandar y a un puñado de fanáticos a vigilar la Ciudadela.

Tras una breve pausa, Zahan añadió: —Los demás miembros de la Jerarquía no han sido informados. Incluido yo, pero eso no es ninguna sorpresa.

Vorazun comprendió por qué Artanis no se había puesto en contacto con ella. Era el crítico más honesto de la Jerarquía. Artanis y los demás miembros protoss de Aiur del gobierno siempre habían desaprobado a Vorazun y sus «tendencias nerazim» cuando hablaba contra las actividades daelaam. Las filosofías colectivistas de los protoss de Aiur los hacían incapaces de comprender por qué alguien querría llevar la contraria a la mayoría. Con demasiada frecuencia, sacrificaban el sentido común en virtud de la conformidad.

La tensión entre Vorazun y Artanis no había hecho más que aumentar tras la negativa de Artanis de asistir a los ritos funerarios de los veintisiete nerazim. Según sus consejeros, había estado demasiado ocupado con la Gran Armada.

Demasiado ocupado. Solo pensarlo, enfurecía a Vorazun. ¿Cómo esperaba Artanis ganarse su confianza —la confianza de los nerazim— si no encontraba tiempo para honrar a los muertos?

—Pero el hecho de que Artanis no informe a los demás miembros de la Jerarquía es algo sorprendente —dijo Vorazun—. Parece que quiere mantener este incidente en secreto. Quiere resolverlo antes de que la ciudad despierte.

La estrategia resultaba extraña y nada convencional para un protoss de Aiur. Artanis solo había llamado a Mohandar, el líder de los nerazim, para ayudarlo a resolver la situación.

—Eso sería sensato. Los protoss de Aiur no se pondrán muy contentos si descubren que los nerazim han invadido la Ciudadela —replicó Zahan—. No después de lo que ha ocurrido recientemente.

Cientos de nerazim habían abandonado la Gran Armada a raíz del accidente. Esto había provocado la ira de muchos protoss de Aiur, que veían la deserción como un acto de traición, y habían conducido a pequeños casos de violencia entre miembros de las dos sociedades protoss. Nunca había existido tensión entre ellos, pero las muertes de los veintisiete habían despertado algo oscuro que los empujaba a actuar con un odio que siempre habían logrado controlar.

—¿Conoces la identidad de los responsables? —preguntó Vorazun.

—Me temo que no. Lo siento, te he fallado.

—Has hecho todo lo que has podido, amigo Zahan.

Pocos fieles eran tan ingeniosos y fiables como Zahan. Formaba parte de una red de inteligencia que trabajaba para Vorazun reuniendo datos sobre los nerazim de Talemattos y cualquier problema que hubiera entre ellos y los protoss de Aiur. Si no fuera por Zahan, Vorazun nunca habría sabido lo que ocurría en la Ciudadela, lo cual la preocupaba.

Ella fomentaba la libertad de expresión entre su pueblo. La mayoría de los nerazim que tenían pensado protestar contra los daelaam o Artanis venían en busca de su aprobación. Quizás los de la Ciudadela daban por hecho que desaprobaba sus planes. Atacar la sede del gobierno era demasiado, incluso para el gusto de Vorazun. ¿Pero podía culparlos por intentarlo?

No, no podía, y menos después de lo que había ocurrido. La decisión de Artanis de no asistir a los ritos funerarios solo fue una parte del problema. Tras el accidente, él y los demás protoss de Aiur de la Jerarquía habían proseguido con los preparativos de la Gran Armada como máquinas frías y calculadoras. Ni siquiera habían diseñado medidas para impedir este tipo de incidentes en el futuro. Lo único importante para ellos era finalizar la Armada y enviarla a su gran misión para recuperar Aiur de las garras de los zerg. Para esos miembros de la Jerarquía, ¿qué importaban veintisiete muertes cuando el destino de una raza entera estaba en juego?

—¿Cómo debemos proceder? —preguntó Zahan.

Vorazun consideró la pregunta mientras la plataforma deceleraba y se detenía con suavidad en su destino. Salió de la cámara de transporte hacia la pegajosa niebla y el gélido aire nocturno. Sabía que no podía cambiar el pasado. No podía salvar a esos veintisiete. Lo único que podía hacer era impedir más muertes innecesarias entre los suyos.

—Me encargaré personalmente. Ambos sabemos que no podemos depender totalmente de Mohandar.

* * *

La estatua de la última matriarca Raszagal asomaba sobre Mohandar. El anciano y encorvado nerazim elevaba la vista hacia la efigie de piedra de su antigua gobernante, la líder que había acogido a los protoss de Aiur en Shakuras cuando su planeta natal cayó en manos de los zerg. Al hacerlo, Raszagal había sentado los cimientos de los daelaam y cambiado el destino de los nerazim para siempre. La estatua le devolvía la mirada con el mismo estoicismo y aire sosegado por el que la matriarca había sido famosa en vida.

Mohandar se estremeció y alejó la mirada de la estatua. Esa noche, algo flotaba en el aire. Nunca había sido sensible a las premoniciones, no como Raszagal, pero una intensa sensación de inquietud estrangulaba su alma con dedos helados. Su entorno se sacudía en discordia, y la oscuridad del cielo crepuscular parecía infinita e implacable en su profundidad.

Se preguntó si los diez fanáticos protoss de Aiur que patrullaban el perímetro de la Ciudadela también lo sentían. Marchaban a pares por el patio exterior del edificio y vigilaban a todo el que se aproximaba. Incluso a través de la densa cortina de niebla, su armadura resplandecía con sombras brillantes de oro y blanco. Los fanáticos no hablaban mientras estaban de servicio, al menos no que Mohandar pudiera oír. Pero sabía que compartían pensamientos y emociones a través del Khala, el enlace mental común que conectaba a todos los protoss de Aiur.

Mohandar envidiaba la juventud de los fanáticos. Desplazó su peso mientras otra ráfaga de dolor sacudió sus viejas articulaciones. Siglos de vida hacían que le resultase difícil aguantar de pie durante largos periodos. En momentos así, estaba especialmente contento de ser un nerazim y no tener el Khala; de lo contrario, todo el mundo conocería el sufrimiento que padecía.

—¿Mohandar? ¿Alguna conclusión sobre este asunto? —preguntó el jerarca Artanis a través del sistema de enlace psiónico del guantelete de Mohandar.

El pulso de Mohandar se aceleró. Se había vuelto a perder en sus pensamientos. Artanis y la ejecutora Selendis iban de camino a Shakuras y se habían puesto en contacto con él para debatir sus planes para erradicar a los rebeldes nerazim de la Ciudadela.

Artanis debió sentir la confusión de Mohandar. —Nuestro principal objetivo es eliminar a los nerazim antes de que el resto de Talemattros reaccione —dijo el Jerarca—. El tiempo es crucial. Selendis liderará a un grupo de fanáticos para introducirse en la Ciudadela y detener a los rebeldes. Me garantiza que no habrá derramamiento de sangre.

—Sí —respondió Mohandar con rapidez al recordar lo que habían estado hablando. No era la primera vez que se sentía inútil esa noche. Sus facultades mentales se habían degradado durante los últimos años a un ritmo alarmante. No le había hablado a nadie de su estado, pero daba por hecho que los demás miembros de la Jerarquía se habían percatado. —No envidio tu posición —continuó el anciano nerazim—, pero tu plan es sensato si nuestro objetivo es solucionar este incidente con discreción.

—Me alegra que estemos de acuerdo. Nos pondremos en contacto contigo en cuanto lleguemos a Shakuras. Mantennos informados de cualquier avance —dijo Artanis.

—Como deseas, Jerarca.

Como deseas. Las palabras acudían a Mohandar con facilidad. Se preguntó si Vorazun y los demás nerazim que lo criticaban tenían razón. ¿Se ponía demasiadas veces de parte de los protoss de Aiur a expensas de su propio pueblo? ¿Y por qué se hacía esas preguntas, precisamente ahora?

¿Esto es lo que querías, verdad, Raszagal? ¿Los daelaam? ¿La raza protoss unificada después de mil años de separación? Los pensamientos invadían la mente de Mohandar mientras volvía la mirada a la estatua de su antigua matriarca. Antes de su muerte, Raszagal le había dicho que las cosas no serían fáciles, pero que al final todo sería por el bien común.

Un día mi hija también lo entenderá, había dicho. *Pero, para ello, necesitará tu ayuda.*

—¡Mohandar!

Un fanático irrumpió a través de la niebla y saludó con un puño cerrado sobre su pecho.

—¿Sí? —preguntó Mohandar.

El guerrero señaló hacia la amplia escalera que conducía al patio interior de la Ciudadela. Al pie de la escalera se alzaba una figura, una pequeña nerazim ataviada con togas púrpura que llevaba un bastón. Un cráneo de hidralisco adornaba su hombro, un trofeo de un zerg que había liquidado cuando los alienígenas invadieron Shakuras, años atrás.

Vorazun.

—Yo me encargo —dijo Mohandar al fanático. — Sigue vigilando, joven.

El anciano nerazim avanzó presuroso, con su bastón de hueso de zerg claqueteando contra las grises piedras bajo sus pies. De nuevo, el dolor le sacudió las articulaciones, pero no flaqueó.

Vorazun observaba a Mohandar mientras esta se aproximaba. Desde lejos, le recordaba mucho a Raszagal. Vorazun tenía ese mismo porte orgulloso, los mismos rasgos finos y moldeados que muchos nerazim consideraban elegantes y hermosos. Pero las similitudes no iban más allá de los

ojos. Vorazun no tenía esa tranquilidad interior que Raszagal poseía. No... Los ojos de la hija resplandecieron con un brillo salvaje y, en cierto modo, peligroso.

—*En taro Adun*, anciano— dijo Vorazun cuando Mohandar llegó a las escaleras.

—*En taro Adun*. Mohandar siguió mascando sus pensamientos. No había hablado mucho con Vorazun desde la discusión que se había producido entre ellos tras el accidente de la Gran Armada. —Esperaba que vinieras —dijo al fin. —No ocurre nada en Talemayos sin que tú te enteres, ni siquiera a estas horas de la noche.

—Quizás sería más sencillo si vinieras a verme directamente.

—El jerarca Artanis quería conservar esto en secreto —replicó Mohandar.

—También planea enviar a Selendis y a un equipo de fanáticos a encargarse de los nerazim por la fuerza. ¿Cómo crees que nuestro pueblo reaccionará cuando se entere, sobre todo después de los últimos acontecimientos? Al menos, debería haber pensado en incluir a guerreros nerazim en el equipo.

Interesante. Estaba mejor informada sobre la situación de lo que Mohandar esperaba. ¿Acaso uno de sus fieles supervisaba las comunicaciones de enlace psiónico? No importaba. Incluso Mohandar tenía seguidores en la ciudad que le proporcionaban información.

—Artanis lo pensó, pero concluyó que sería más inteligente recurrir solo a los protoss de Aiur. Tomar la Ciudadela es un acto de traición contra los daelaam. Podría haber otros nerazim colaborando con los perpetradores... E incluso infiltrados en el ejército. —Cualesquiera sean los deseos del jerarca Artanis, debemos permanecer a su lado —dijo Mohandar. —La solidaridad es crucial.

—El bienestar de nuestro pueblo es crucial. ¿Te has puesto en contacto con los nerazim para ver si tienen alguna exigencia? —preguntó Vorazun. —Tienen que haber hecho esto por algún motivo.

—Por ahora no tienen ninguna exigencia —dijo Mohandar—. He intentado ponerme en contacto con alguien de dentro, pero nadie me ha recibido. Los nerazim han tomado el control de las sondas centinela de la Ciudadela y las usan para sellar las entradas con campos de fuerza.

—Ya veo.

Vorazun se giró y comenzó a subir la escalera.

—¿Adónde vas?— Mohandar caminó pesadamente tras ella.

Vorazun se detuvo y giró la cabeza, devolviendo la mirada a Mohandar con un ojo parpadeante. —Artanis y Selendis no llegarán hasta dentro de una hora, ¿verdad? ¿Qué problema hay en intentar volver a contactar con los nerazim? Yo no cederé tan fácilmente como tú.

La hija de Raszagal subió a lo alto de las escaleras y, tras ella, caía una niebla que parecía querer advertir a cualquiera que osara seguir sus pasos.

* * *

Un campo de fuerza azul claro brilló en la entrada acorazada de la Ciudadela. Otras barreras sobresalieron de las ventanas en los niveles superiores del edificio. Nada se movía al otro lado de los escudos traslúcidos.

—Deben saber que estamos aquí —dijo Vorazun, cada vez con menos paciencia.

—No escucharán. La gente razonable no haría algo así. —Mohandar clavó su bastón en el suelo y removió los restos de un observador que había caído de las alturas. —Y entablar una discusión con ellos no haría más que legitimar sus acciones. Quizás otros se sientan inspirados a actuar contra los daelaam. Ahora vivimos en una sociedad unificada. Debemos considerar lo que es mejor para...

—Nuestro pueblo y los protoss de Aiur. —Vorazun finalizó su pensamiento. —Sabes que apoyo la unidad.

Era algo que Artanis y los demás miembros de la Jerarquía no parecían entender nunca. Solo porque Vorazun criticara a los daelaam no significaba que se opusiera a la unidad. Solo si esa unidad se producía a expensas de su pueblo. Desde el día en que los seguidores del Khala habían huido de Aiur y encontrado refugio en Shakuras, Vorazun había observado cómo su hogar cambiaba. Había observado cómo los daelaam desguazaban el planeta para alimentar la máquina de guerra de la Gran Armada. Había observado a jóvenes nerazim abandonar sus antiguas tradiciones en favor de las de los protoss de Aiur. Había observado cómo su cultura se transformaba, cómo se minimizaba. *Se debilitaba.*

Los daelaam se formaron bajo una promesa de unidad, pero siempre parecían favorecer a los protoss de Aiur. Siempre parecía como si tuvieran el control, incluso en el mismísimo planeta natal nerazim.

—Cuando desafías a Artanis, animas a los demás nerazim a llevar a cabo este tipo de actividades rebeldes —dijo Mohandar.

Un atisbo de culpa se percibió en su voz psiónica, una sutil implicación de que Vorazun era en cierta forma responsable del incidente. Si lo hubiera percibido en cualquier otro, se habría puesto

furiosa. Pero para Vorazun era muy difícil enfadarse con Mohandar. El anciano había sido amigo íntimo de su madre. Tras la muerte de Raszagal, Mohandar ayudó a Vorazun a superar el abismo de tristeza, a pesar de que casi la devora. Por ello, ella siempre lo querría.

Y por eso cuando Mohandar fue nombrado líder de los nerazim, ella no discutió la decisión. Él era su mayor, y había servido a Raszagal durante muchos años. Sin embargo, en los últimos meses, cada vez más nerazim habían comenzado a buscar liderazgo en Vorazun en lugar de Mohandar. Algunos incluso solicitaban que el anciano se echara a un lado. Pero Vorazun nunca apoyó esas peticiones, aunque con frecuencia se cuestionó si Mohandar sería el mejor líder para su pueblo. Podría serlo... si le hiciera frente a Artanis de vez en cuando.

—Es decisión de los nerazim hacer lo que consideren oportuno —afirmó Vorazun. —¿Acaso no es esa libertad la piedra angular de nuestro pueblo? ¿No es lo que nos separa de los protoss de Aiur?

—Eso y muchas otras cosas. —La voz retumbaba en la cabeza de Vorazun. No pertenecía a Mohandar. Pertenecía a alguien que conocía.

Vorazun giró mientras cordones de niebla formaban una espiral entorno a ella. Vio al orador en pie, al otro lado del campo de fuerza. La figura estaba distorsionada por la barrera, una silueta difusa de brillantes ojos esmeralda. Pero Vorazun reconoció al emisor de la voz psiónica.

Taelus. Uno de sus fieles; un guerrero orgulloso al que un tiempo atrás había adiestrado en el arte del combate y la filosofía. Vorazun estaba complacida, pues era alguien que la escucharía.

—Tomar el control de la Ciudadela —dijo ella. —Gran hazaña, joven Taelus. Aplaudo tu osadía, pero es una solución bastante extrema y la ciudad está bajo una gran conmoción.

Taelus no respondió. Su silencio inquietaba a Vorazun.

—¿Qué es lo que quieres? —Mohandar golpeó el suelo con el bastón para reafirmar sus palabras.

De nuevo, sin respuesta.

Vorazun se acercó a la barrera. Su piel se entumeció con las oleadas de energía psiónica que irradiaban del campo de fuerza. —Entiendo por qué haces esto. Estoy tan triste como tú por la muerte de nuestros guerreros, y...

—Ahórrate tus pensamientos. —La voz de Taelus sonaba dentada, rayando en un asalto mental psiónico. —«Las palabras sin acción no son más que una táctica que nos conduce a una falsa sensación de victoria. Una forma de deslustrar nuestro fuego hasta que solo queden ascuas. Y si caemos en la autocomplacencia, los protoss de Aiur de la Jerarquía habrán conseguido salirse

con la suya, porque habremos olvidado por qué luchábamos». ¿Reconoces estas palabras, maestra Vorazun?

—Por supuesto. —Vorazun había pronunciado esas palabras hace más de un año en una congregación de sus fieles. Había pronunciado ese discurso en respuesta a la propuesta de la Jerarquía de minar Naszar, una cordillera montañosa considerada sagrada para los nerazim. Durante siglos, el pueblo de Vorazun había viajado a la región para meditar y entrenarse para dominar el Vacío a su voluntad. Las montañas parecían contener algunos de los mayores depósitos de recursos de Shakuras. Finalmente, Vorazun había convencido al resto de la Jerarquía de que abandonara el plan de excavar el lugar.

—Y, aun así, no cumples tus propias enseñanzas —dijo Taelus. —Te has vuelto como Mohandar. Otra voz vacía en la Jerarquía. ¿Pero qué se podía esperar de la hija de Raszagal?

Mohandar se inclinó hacia delante. —Tratarás a la matriarca con respeto.

Vorazun colocó una mano sobre el hombro del anciano para calmarlo. No era la primera vez que la comparaban con Raszagal. Los demás miembros de la Jerarquía solían decir que ojalá Vorazun se pareciera más a su madre. Usaban el nombre de Raszagal como herramienta para cumplir sus fines; una salida fácil cuando la antigua matriarca no estaba para aprobar o rechazar lo que estaba sucediendo.

Como consecuencia de la instrumentalización del nombre de Raszagal, muchos jóvenes nerazim habían empezado a verla con otros ojos. Consideraban su calma constante y su filosofía de unidad signos de debilidad. Vorazun era en gran parte responsable de que el recuerdo de su madre hubiera cambiado. Más de una vez había criticado abiertamente las decisiones de Raszagal. Era una táctica para neutralizar el abuso de los demás miembros de la Jerarquía del símbolo que representaba su madre. Pero Vorazun sabía que era había algo más. En el fondo, quería distanciarse de Raszagal, quería librarse de esa pesada carga y crear un legado por sí misma.

—Yo no he renunciado a la lucha —dijo Vorazun. —He protestado por el accidente y por la forma en que Artanis lo gestionó.

—Un acto para acallar a tus seguidores, nada más —replicó Taelus.

—Pero hay más... —Vorazun se preguntó qué más debía decir, sobre todo con Mohandar presente. No tenía sentido contenerse. —Creo que lo mejor para los nerazim es abandonar la Gran Armada por completo. Acogimos a los protoss de Aiur en nuestro planeta y les dimos cobijo, pero eso no significa que debemos librar sus batallas. ¿Cuántos nerazim morirán si los ayudamos a recuperar su hogar de los zerg? Miles, como mínimo. Debemos conservar nuestra vida para proteger Shakuras y nuestra cultura, no sacrificarnos por un planeta que no es nuestro.

Mohandar se giró hacia ella, pero no dijo nada.

—Por eso estoy aquí —continuó Vorazun. —Los protoss de Aiur pretenden enviar soldados para expulsaros. ¿Entiendes lo que ocurriría si eso llegara a suceder? Los nerazim de la ciudad, y en todo Shakuras, atacarán a los protoss de Aiur. Habrá violencia, e incluso muertes. Quiero protegeros, a vosotros y al resto de nuestro pueblo.

—«¿Acaso no es mejor morir con el fuego aún ardiendo en la sangre, que vivir para ver cómo vuestra cultura se desvanece en la noche?» —dijo Taelus, citando otro fragmento del discurso de Vorazun. —Dile a los protoss de Aiur que vengan. No nos iremos sin luchar. *Korshala Adun*, maestra.

Y después se fue, desapareciendo de nuevo en las profundidades de la Ciudadela.

—*Korshala Adun* —repitió Mohandar.

—Lo he oído —replicó Vorazun. ¿En qué estaba pensando Taelus? *Korshala Adun* era una frase que los nerazim usaban antes de partir a la batalla. Era un adiós que significaba «Hasta que nos volvamos a ver», y señalaba que el guerrero no esperaba volver con vida. —No querrá decir...

La tierra gimió y se elevó bajo los pies de Vorazun. Sus músculos se contrajeron mientras luchaba por conservar el equilibrio y mantenerse firme. En lo alto, una explosión invadió la parte superior de la Ciudadela e iluminó el patio interior con una luz esmeralda. Vorazun agarró a Mohandar por el antebrazo y lo empujó contra el lateral del edificio. Fragmentos de piedra cayeron de las alturas, impactando contra el suelo con fuerza suficiente para hacer añicos el cráneo de Vorazun.

Cuando el temblor cesó, Vorazun examinó los daños de la parte superior. Donde antes la Ciudadela finalizaba en una espiral afilada, ahora metal fundido y roca quebrada coronaban la cima. La explosión no se había provocado para destruir la Ciudadela. Su objetivo era despertar a Talemатros.

Taelus, y quienquiera que estuviera dentro, solicitaba audiencia para presenciar lo que iba a suceder.

—Hay otras —dijo Mohandar.

—¿Otras qué?

—Explosiones. Artanis se ha puesto en contacto conmigo a través del enlace psiónico. Han detonado bombas en algunos de los astilleros orbitales. No parece que haya bajas.

Mohandar se quedó en silencio un momento y siguió hablando con Artanis. —El Jerarca estará aquí enseguida. Cuando llegue, Selendis y sus fanáticos se introducirán en la Ciudadela y detendrán a los rebeldes.

—Eso es exactamente lo que Taelus quiere.

Vorazun sacudió la cabeza. Esperaba que esto no fuera más que una mera protesta, un acto de desobediencia para avergonzar e irritar a la Jerarquía.

—Quería sacrificarse en una lucha con los protoss de Aiur. ¿Cómo puede ser tan insensato? Debemos entrar. Puedo hablar con él; me escuchará.

Mohandar se tambaleó en silencio. El sistema de enlace psiónico de su guantelete emitía pulsos de energía. —Por fin se lo he explicado al Jerarca. Cree que es demasiado peligroso que vayamos solos.

—Aún hay una posibilidad de resolver esto de forma pacífica.

—Artanis nos ha pedido que nos contengamos por ahora —dijo Mohandar.

—Adelante pues.

Las palabras brotaron de forma más áspera de lo que Vorazun pretendía. Dio la espalda a Mohandar para sumirse en sus pensamientos. Lo que estaba sucediendo no era culpa del anciano. De algún modo, Vorazun temía haber sido la responsable. ¿Cómo no había predicho esto de uno de sus seguidores? ¿Había habido alguna señal? ¿La había pasado por alto?

Mohandar se desplazó al campo de fuerza. —Necesitarás un centinela para perforar esto, o algún otro tipo de arma. Pero no tenemos tiempo.

—¿Tenemos?

—Tienes razón. Si podemos poner fin a esto sin la intervención de los protoss de Aiur, será beneficioso para todos.

El bastón de Mohandar claqueteó contra el suelo. Extendió sus manos arrugadas hacia el campo de fuerza, mientras su frágil cuerpo temblaba por el sobreesfuerzo. Un pequeño orbe de energía esmeralda del Vacío tomó forma entre las palmas de las manos de Mohandar.

—¿Y bien? ¿Te vas a quedar ahí o me vas a ayudar?

El anciano gruñó con una voz psiónica que apenas se quedó en un suspiro. —Soy viejo, pero todavía tengo algunos trucos.

Vorazun comprendió de inmediato lo que estaba haciendo. Soltó el bastón y extendió las manos, centrando su mente en lo invisible. Se introdujo en el éter, en el Vacío que los rodeaba, y reunió toda la energía que pudo. Una esfera se generó en sus manos, entumeciendo la piel de las

palmas. Al unísono, Vorazun y Mohandar canalizaron la energía hacia el campo de fuerza. Un enorme boquete se abrió en la barrera, lo bastante grande para que pudieran cruzarlo.

* * *

Mohandar trastabilló con los restos de un centinela desperdigados por el pasillo interior de la Ciudadela. Por su aspecto, Taelus y su acompañante habían desmontado el centinela y arrancado su generador de campo de fuerza. Después, lo usaron para crear una barrera permanente en la entrada de la Ciudadela. No era una tarea sencilla. Los rebeldes eran ingeniosos y expertos, lo cual los convierte en oponentes bastante peligrosos.

—Descansemos un momento.

Mohandar se derrumbó contra el suave y plano muro del pasillo principal. Atravesar la barrera le había costado más de lo que esperaba. Su mente volvía a nublarse. Quería disponer de sus facultades mentales íntegramente para lo que estaba por llegar.

—Por supuesto. —Vorazun se inclinó contra el muro frente a Mohandar y colocó el bastón a su lado. Lo miró fijamente, y sus ojos verdes como estrellas brillaron en el oscuro pasillo. —Gracias por venir conmigo.

—Tenemos que hacer algo, en eso tienes razón —dijo Mohandar. —Pero sobre lo que dijiste antes de retirar a los nerazim de la Gran Armada... —continuó. No quería sacar el tema en ese momento, pero aún seguía impactado por el hecho de que Vorazun se planteara esa idea.

—Mantengo lo dicho. ¿No es suficiente que hayamos dado un nuevo hogar a los protoss de Aiur? —dijo Vorazun. —¿Que les hayamos ayudado a crear la Gran Armada? No creo que los nerazim debamos morir en una guerra que no nos atañe.

—Aiur es el hogar de todos los protoss —replicó Mohandar. —Que vivamos allí o no, no importa. Es un símbolo que nos representa a todos.

—¿Y cuál es el precio de recuperar ese símbolo?

—¿Es perder la vida lo que te preocupa? ¿O es pensar que quizás algunos de los nuestros decidan vivir en Aiur si la Gran Armada triunfa? —preguntó Mohandar.

—Ambas —dijo Vorazun.

Su sinceridad sorprendió a Mohandar, y sintió que lo había pillado desprevenido. Le devolvió la mirada a la joven nerazim en silencio. Puede que fuera la tenue luz, pero volvió a recordar lo mucho que Vorazun se parecía a su madre.

Los pensamientos de Mohandar volvieron a la estatua de Raszagal, al legado que había dejado atrás. ¿Cómo recordarían los nerazim a Mohandar cuando ya no estuviera? ¿Dirían que no fue más que un paso intermedio entre Raszagal y Vorazun? ¿Un líder prescindible que vivió a la sombra de Raszagal primero y a la de Vorazun después, pero nunca tuvo su propia presencia?

A pesar de las circunstancias, esos pensamientos caldeaban el alma de Mohandar. Estaban bien arraigados en la ideología nerazim de individualismo y legado. Eran asuntos por los que los colectivistas protoss de Aiur no se preocupaban. Al menos, no la mayoría de ellos.

Si Mohandar podía hacer algo para ayudar a su pueblo, sabía que dependía de Vorazun. No tenía intención de manipularla. Cómo Vorazun decidiera vivir, era su decisión. Él solo podía servir de ejemplo.

—A menudo, solo te fijas en las diferencias entre nuestro pueblo y los protoss de Aiur —dijo Mohandar.

—Somos diferentes —añadió Vorazun—. Es lo que nos hace únicos.

—Sí, pero también somos iguales. Lo que define a *todos* los protoss es nuestra voluntad de arriesgar nuestras vidas para proteger a los demás. De sacrificarnos por el bien común.

«El bien común», eso es lo que define a los protoss de Aiur —replicó Vorazun.

—También es nuestro legado. Siempre lo ha sido, desde que el primer nerazim partió de Aiur para refugiarse en este lugar.

—No partieron, fueron expulsados —replicó Vorazun.

—Porque los nerazim eran diferentes. Los protoss de Aiur los temían por ello. Y a pesar de lo que le hicieron a nuestra especie, tu madre acogió a los seguidores del Khala cuando lo necesitaron. Lo hizo porque sabía que, si les daba la espalda, no seríamos mejores que los protoss que habían hecho eso mismo con los primeros nerazim.

Mohandar se alejó del muro. Dio un torpe paso hacia delante y se inclinó más cerca de Vorazun.

—Debemos ser mejores que eso. *Podemos* ser mejores que eso —dijo el anciano—. Nuestra cultura es lo bastante fuerte para sobrevivir a los daelaam. Preservarla no tiene por qué ser a costa de la unidad. Si convences a nuestro pueblo para que abandone la Gran Armada, estarás traicionando nuestro orgullo y nuestro honor... La costumbre nerazim que tanto luchas por proteger.

Vorazun no dijo nada. Sus ojos se entrecerraron mientras reflexionaba sobre las palabras de Mohandar.

—Soy viejo —continuó Mohandar—. Cuando muera, tú serás la matriarca de nuestro pueblo. Te seguirán igual que siguieron a tu madre e igual que ahora me siguen a mí. Tu palabra decidirá su destino, y tendrás que encontrar el equilibrio entre proteger a tu especie y la unidad.

Mohandar elevó una mano arrugada. El sistema de enlace psiónico de su guantelete emitía pulsos brillantes. —Artanis y Selendis aparecerán pronto en la ciudad. Debemos apresurarnos. Si Taelus no atiende a razones, ¿estás preparada para hacerle frente?

—Me escuchará —insistió Vorazun.

Pero Mohandar sintió la intranquilidad y la confusión de sus pensamientos. *Korshala Adun* no era una frase que se usara a la ligera. Renegar de una declaración de sacrificio propio se consideraba un acto de cobardía.

—Vamos —dijo el anciano mientras comenzaba a caminar por el pasillo—. Veamos qué nos aguarda.

* * *

Avanzaron a través de la Ciudadela en silencio hasta alcanzar la cámara interna. La inmensa entrada que conducía al interior permanecía abierta, una invitación a lo desconocido. Vorazun accedió primero, con los músculos tensos y la mente alerta. Se detuvo en el umbral, desconcertada por las señales de calculado vandalismo que presentaba la sala de reuniones de los daelaam.

Las antecámaras y pasillos de la Ciudadela eran planos y no tenían nada que llamara la atención. Pero el corazón de la Ciudadela, donde la Jerarquía llevaba a cabo sus asuntos, era diferente. Había cambiado en el transcurso de los años. Antiguamente, su apariencia había destacado por los intrincados patrones murales y coloridos estandartes que representaban las diferentes tribus protoss. Los paneles de cristal encajados en los laterales de la sala habían exhibido un bosque de estrellas y galaxias, proyecciones del espacio en tiempo real que registraban los satélites en órbita alrededor de Shakuras.

Ahora todo era diferente: las cicatrices marcaban los bellos dibujos murales, los paneles de cristal estaban fragmentados y los coloridos estandartes, excepto los de los nerazim, habían sido arrancados y remplazados por largos jirones de tela adornados con veintisiete gemas brillantes —versiones menores del estandarte gigante que colgaba en el exterior de la Ciudadela.

Taelus no estaba solo. Se le habían unido otros cuatro nerazim con rostros cubiertos parcialmente por máscaras hechas con los cráneos de hidraliscos zerg. Los cinco rebeldes estaban reunidos alrededor de una inmensa losa de metal que servía como mesa de reuniones de la

Jerarquía. Sobre ella, resplandecía una imagen holográfica de la Ciudadela que ilustraba datos dinámicos. Por su aspecto, Taelus y sus seguidores habían asumido el control sobre todos los sistemas de seguridad de la Ciudadela.

Vorazun se fijó en los otros rebeldes nerazim mientras Mohandar se unía a ella. A pesar de las máscaras que llevaban, podía distinguir algunos de sus rasgos. Reconoció a los aliados de Taelus como jóvenes guerreros que habían asistido a sus discursos en el pasado. Cada uno de ellos estaba armado con un guantelete de cuchilla de distorsión y togas púrpura.

Los cinco rebeldes apartaron la vista de la imagen holográfica para observar a los recién llegados. No realizaron ningún movimiento hacia Vorazun o Mohandar. Tenían un aspecto sosegado y confiado.

—Os hemos visto atravesar el campo de fuerza—. Taelus señaló el holograma. Su voz sonaba áspera por la molestia. —Estáis perdiendo el tiempo. No tengo nada más que deciros. Si no habéis venido a uniros a nosotros, debo suponer que estáis contra nosotros.

—Escuchadme, por favor —suplicó Vorazun. Sabía que solo tenía una oportunidad de conseguir que Taelus se uniera a ella—. Me conocéis, sabéis cuál es mi propósito.

—Te conocía. —Las palabras de Taelus estallaron con la fría furia de una cuchilla de distorsión nerazim. Su fuerza provocó un pinchazo de dolor en la mente de Vorazun. —Viví bajo tu sombra durante muchos años. Tú me enseñaste nuestras costumbres; crecí dotado de tu instrucción y tu sabiduría, pero ahora tengo mi propia sombra. Y veo que la tuya se ha vuelto... vacía.

—¿Cuál es tu objetivo? ¿Te sacrificarías para incitar a la violencia entre los protoss?

A medida que Vorazun hablaba, percibía un cambio en Mohandar. Su forma marchita irradiaba una intensa energía psiónica, como un músculo vendado a punto de liberarse.

—En cierto modo —replicó Taelus—. Le daremos a nuestro pueblo el impulso que necesita para liberarse de este sinsentido daelaam y su guerra. Sí, habrá violencia. Sí, protoss de Aiur y nerazim morirán. Pero las pérdidas de nuestro pueblo serán mucho menores que si participamos en la invasión de Aiur.

Un orbe rojo relució en el holograma de la Ciudadela. Flotaba en el aire, titilando suavemente.

—Los sensores detectan un prisma de distorsión en las alturas —informó uno de los seguidores de Taelus—. Son Selendis y sus fanáticos; están rastreando los pasillos internos.

Vorazun se dio cuenta de que se había acabado el debate. Ella y Mohandar tenían que actuar. Por mucho que quisiera creer que Taelus y los demás atenderían a razones, sabía que no lo harían. Vorazun asintió levemente a Mohandar y se preparó para lo que venía.

—Si lo que quieres es derramar sangre de protoss de Aiur, antes tendrás que derramar la nuestra —dijo Mohandar.

Los rebeldes intercambiaron miradas cautelosas; todos menos Taelus. Pasó a adoptar una postura de preparación para la batalla. Sus ojos verdes se fijaron en Vorazun, encendidos con una furia fría y honesta.

Recuerda mis palabras, joven. Debes encontrar un equilibrio... El mensaje de Mohandar, destinado únicamente a Vorazun, sonaba tranquilo en la mente de la protoss. Ella le miró a los ojos y sintió una mezcla de alegría y tristeza.

De repente, Mohandar había desaparecido. En su lugar, una nube de humo aceitoso se arremolinaba en el aire. Lo único que quedó fue su bastón, que caía lentamente al suelo. Una fracción de segundo más tarde, el anciano se volvió a materializar tras uno de los rebeldes nerazim. Mohandar golpeó los extremos de las fibras nerviosas cercenadas del guerrero con la palma abierta. Un destello de energía esmeralda del Vacío refulgió en el punto de impacto. El cuerpo del joven nerazim se desmoronó antes de tener la oportunidad de reaccionar. Se desplomó al suelo hecho un bulto inerte.

No estaba muerto; solo inconsciente. Mohandar había enviado una descarga de energía del Vacío a través de las fibras nerviosas cercenadas de su enemigo. Una maniobra de combate no letal desarrollada por los nerazim.

Las cuchillas de distorsión esmeralda silbaron desde los guanteletes de Taelus y los otros rebeldes. Giraron en dirección al compañero caído, pero Mohandar ya se había vuelto a camuflar entre las sombras. Era más ágil de lo que Vorazun habría imaginado.

Vorazun aprovechó la distracción. Se comunicó con su mente para alcanzar las energías del Vacío que sobrepasaban los límites del plano físico. Un fuego helado, familiar después de toda una vida de entrenamiento, ardía en lo más profundo de su pecho y se extendía por sus huesos. Vorazun tejió una energía primigenia a su alrededor, y la utilizó para camuflarse y abalanzarse hacia delante a gran velocidad.

Volvió a aparecer ante el rebelde nerazim más cercano, un varón joven con los nervios extirpados y adornados con un puñado de pequeños huesos zerg. Vorazun golpeó al guerrero con el tacón haciendo añicos su guantelete. La cuchilla de distorsión del rebelde chisporroteó y luego desapareció. Vorazun rodeó a su adversario, golpeando los extremos de sus nervios e inundando su cuerpo con energía del Vacío. El guerrero cayó de rodillas y se desplomó en el suelo.

En el tiempo que tardó Vorazun en neutralizar a este nerazim, Mohandar ya se había encargado de los otros dos rebeldes. Estaba apoyado en la mesa central, temblando por la fatiga.

Vorazun buscó a Taelus por la sala. Había desaparecido y permanecía oculto.

Y llegó el ataque... Vorazun se echó a un lado para evitarlo, pero no lo sintió.

Taelus volvió a aparecer tras una turbia masa de humo. Era una maraña de togas violetas, gemas verdes y huesos zerg que traqueteaban. Su cuchilla de distorsión talló una media luna esmeralda en el aire mientras lanzaba un ataque y apuñalaba con el arma la espalda de Mohandar. La punta de la cuchilla de distorsión atravesó el pecho del anciano. Fue un ataque limpio... Un golpe mortal.

Taelus dio una voltereta hacia atrás y volvió a camuflarse. Mohandar se desplomó sobre la mesa; su cuerpo se sumergía a través del holograma de la Ciudadela. Se sacudió una vez... Y dos. Se agarró a la mesa en un intento desesperado de aguantar mientras las fuerzas le abandonaban.

—¡Mohandar! —Vorazun se lanzó hacia él, soltó su bastón y atrapó al anciano antes de que cayera. Se arrodilló y lo sostuvo en sus brazos. La sangre violeta manaba entre sus antiguas togas. Mohandar miró a Vorazun y observó cómo sus ojos palidecían. Los huesos nudosos y escuálidos del anciano rozaron su rostro.

—Matriarca Raszagal... Te he echado de menos...—La voz del anciano era como una sombra, tenue y carente de vida—.Has vuelto... ¿Cómo puede ser? ¿Cómo... puede...?

Mohandar murió en brazos de Vorazun.

Ella permaneció en el sitio, acunando al anciano con incredulidad. No estaba muerto. No podía estar muerto.

Pero lo estaba... Ella lo sabía.

La furia y la tristeza hervían en su interior y sacudieron su incredulidad. Su cuerpo tembló a medida que las emociones brotaban. Un aura salvaje y brillante de energía del Vacío cobró vida a su alrededor, con jirones de luz esmeralda golpeando su entorno.

—¡Taelus! —aulló Vorazun.

Una ola de calor sacudió la parte derecha del rostro de Vorazun. El instinto se impuso. Arrancó el bastón del suelo y apartó el cadáver de Mohandar a un lado. Dio salto mortal hacia atrás cuando Taelus atacó. Su cuchilla de distorsión atravesó el aire vacío y se clavó en la mesa.

—¡Tú no eres el guerrero que yo entrené!

La fuerza del grito psiónico de Vorazun sacudió los muros marcados de la sala. Atrajo las energías del Vacío a su bastón para generar una cuchilla de distorsión en cada extremo del arma. Lo giró en el aire, poniendo a prueba su agarre.

—Me dijiste que si vivíamos demasiado tiempo bajo la sombra de otro, jamás averiguaríamos lo que somos y de lo que somos capaces.

Taelus se apartó hacia la derecha de Vorazun, con su cuchilla de distorsión aún apuntando al aire desde el extremo del guantelete.

—¿Y este es quien eres? ¿Es este el legado que has elegido dejar? ¿Un legado de sangre? — Vorazun acechó por la sala imitando los movimientos de Taelus—. ¿De asesinato?

—Yo elijo un futuro en el que los nerazim puedan dictar los términos de su destino —replicó Taelus—. Elijo un futuro en el que podamos estar orgullosos, donde no seamos extranjeros en nuestro propio planeta.

Trece luces rojas aparecieron en el holograma de la Ciudadela. Selendis y sus fanáticos habían aparecido en los niveles superiores del edificio. Los sistemas de seguridad los rastreaban mientras avanzaban a la cámara de reuniones. Vorazun observó las luces y luego volvió la vista hacia Taelus.

—¿Y también me matarás a mí? —preguntó.

—Sí, si debo hacerlo —respondió—. *Korshala Adun.*

Korshala Adun.

Al unísono, los guerreros se envolvieron en sombras para ocultar sus movimientos.

Vorazun usó toda su fuerza de voluntad para dejar de lado sus emociones de furia y rabia, pues en esta situación no le resultarían útiles. Era un duelo de guerreros nerazim, una prueba de voluntad y paciencia. Un ataque: era lo único que hacía falta para decidir quién vivía y quién moría.

Percibió movimiento a su izquierda y se abalanzó hacia la figura invisible. Cargó hasta que supuso que su adversario se encontraba al alcance. En ese momento, se despojó de las sombras y blandió su arma.

Taelus hizo lo mismo. Había anticipado bien los movimientos de Vorazun, aunque no lo suficiente...

El arma abrasó el hombro desprotegido de Vorazun en el mismo instante en que una de las cuchillas de distorsión de su bastón perforó su pecho. Un géiser de sangre violeta manó de la herida de Taelus y se esparció por la mesa de reuniones. El joven guerrero se derrumbó.

Vorazun luchó contra el dolor que le punzaba el hombro. No era una herida seria. Se desplazó a donde Taelus había caído con la intención de volver a atacarlo, pero verlo tendido al borde de la muerte apaciguó su furia. El guerrero era como un hijo para ella.

La confusión y la pérdida invadieron a Vorazun. Había venido a proteger a los nerazim, a impedir más derramamiento de sangre. Había fracasado.

—Lo hice... por nuestro pueblo...— La voz de Taelus era débil, como la de un fantasma en alguna parte del Vacío.

—Lo sé. Vorazun soltó su bastón y se arrodilló junto al joven guerrero. Ella tomó su mano, aunque en parte esperaba que la rechazara. Pero no lo hizo. Taelus la cogió de la mano con sorprendente fuerza.

—Me voy... hacia la noche eterna... —dijo Taelus—. Protege nuestra cultura... como prometiste que harías...

—Lo haré —dijo Vorazun mientras los ojos de Taelus se apagaban—. Lo haré.

Desde el exterior de la cámara se percibieron los pesados pasos de Selendis y sus fanáticos blindados. Vorazun no les prestó atención y siguió pendiente de los muertos. A un lado, Mohandar; al otro, Taelus. Dos nerazim que había conocido y querido, a cada uno de forma distinta.

Uno fue un maestro, el otro un alumno. Uno el pasado, el otro el futuro.

Y en medio, atrapada entre ambos, Vorazun.

* * *

—Va a salir —dijo Selendis a través del enlace psiónico—. Traeremos a los demás.

Su voz no denotaba ninguna emoción, pero Artanis percibió la agitación de Selendis a través del Khala. Apenas podía contener su propia furia e inquietud a través de la estructura comunal que vinculaba las emociones de los protoss de Aiur entre sí. Nada había salido según el plan.

Nada.

Artanis comprendió por qué Vorazun y Mohandar no habían obedecido sus órdenes. Los nerazim rebeldes habían planeado sacrificarse ante los protoss de Aiur para iniciar una revolución en Shakuras. La intervención de Mohandar y Vorazun la había detenido, pero a un alto precio.

Su mente volvió al informe que le había dado Selendis sobre la muerte de Mohandar. Artanis aún intentaba hacerse a la idea de la muerte del anciano. Mohandar había sido uno de los miembros más sabios de la Jerarquía y un aliado crucial para construir relaciones con los nerazim.

Yo podía haberlo evitado, pensó. Debería haber enviado a un equipo de fanáticos antes de que la explosión despertara a la ciudad... Antes de que Mohandar y Vorazun entraran...

Y más aún, Artanis sabía que podía haber tomado medidas mayores para aplacar a los nerazim después del accidente de la Armada. Circunstancias más allá de su control le habían impedido hacerlo. Los nerazim no fueron las únicas bajas de ese día. Dos pilotos fénix —dos seguidores del Khala— también habían perdido la vida. Muchos protoss de Aiur habían estado envueltos en un tumulto tras el incidente. Culparon a los pilotos nerazim de la nave de transporte de lo acontecido. Incluso algunos guerreros de Artanis habían discutido sobre si debían seguir luchando junto a los nerazim, sobre si el ejército debía dividirse en dos fuerzas distintas para evitar futuras catástrofes.

Artanis había elegido dedicar su tiempo a calmar a los protoss de Aiur en vez de acudir al funeral de los nerazim. No fue una decisión fácil, pues, hiciera lo que hiciera, se arriesgaba a contrariar a una parte de los daelaam. Pero sabía que conservar la fuerza vital de la Armada era fundamental, y eso significaba centrar sus esfuerzos en los seguidores del Khala, sin importar las consecuencias.

Artanis había tardado días en aplacar las tensiones entre los protoss de Aiur. Al final, habían entendido que la misión de la Armada era más importante que sus recelos personales. A través del Khala, el pueblo de Artanis había encontrado el equilibrio y vuelto a un estado de cooperación. Los nerazim, sin embargo, no lo habían conseguido. Muchos seguían resentidos y rencorosos por el incidente y la reacción de Artanis.

Muchos, como Vorazun. Con la muerte de Mohandar, se había convertido en líder de los nerazim. Ese giro de los acontecimientos preocupaba a Artanis. Él y Vorazun rara vez se ponían de acuerdo en algo, pero Artanis estaba sorprendido por sus actos aquel día. Vorazun había arriesgado su vida para impedir que los rebeldes nerazim se salieran con la suya. ¿Lo había hecho para socavar la autoridad de Artanis en Talemатros? ¿O sus actos respondían a intenciones más nobles?

Artanis lo desconocía. Ya no estaba seguro de qué pensar de Vorazun.

Caminó al pie de la escalera que conducía a la Ciudadela, observando a la muchedumbre congregada. Cuando Artanis había vuelto a aparecer en Shakuras, cientos de protoss ya habían llegado al edificio. Habían formado dos grandes grupos: los protoss de Aiur, con sus togas elegantes azules y doradas, y los nerazim, con sus atuendos harapientos y oscuros, y trofeos de huesos zerg. Los rumores sobre lo que ocurría en la Ciudadela se habían extendido entre la muchedumbre. Influenciados por las habladurías y una profunda cólera, ambos bandos se encontraban al borde de la violencia.

Artanis había convocado a decenas de fanáticos blindados para impedir el derramamiento de sangre. También había convocado a los guerreros nerazim como apoyo, a pesar de sus reservas iniciales de incluirlos en el equipo de asalto de Selendis. Los soldados daelaam se interponían entre los protoss de Aiur y los nerazim, una exigua línea de defensa en caso de que estallara la violencia.

Un débil y plano murmullo de voces psiónicas surgieron de pronto de entre la multitud. Tanto los protoss de Aiur como los nerazim fijaron la vista en el hombro de Artanis, que se volvió y presenció lo que los demás estaban viendo: una figura en la niebla que se disipaba en lo alto de las escaleras.

Era Vorazun, y llevaba un cuerpo en sus brazos.

* * *

Los brazos de Vorazun ardían de fatiga. Sangre violeta manó de la superficial herida de su hombro. Se arrodilló y colocó a Mohandar a sus pies. Cuando volvió a alzarse, oyó las voces psiónicas de la muchedumbre, un coro de descontento que se levantaba como el viento que precedía a una terrible tormenta.

—Típico comportamiento nerazim. Traidores.

—¿Cómo os atrevéis a juzgar, protoss de Aiur, sin conocer los hechos?

—¡La Ciudadela pertenece a los nerazim! ¡Nuestros antepasados la construyeron!

—¿Es así como los protoss de Aiur solucionan sus problemas? ¿Con la fuerza bruta?

—Parece la única manera de tratar con vosotros, nerazim.

—¿Ves el cuerpo? ¡Es Mohandar!

Varios nerazim, con velos largos y oscuros, se abalanzaron sobre los soldados daelaam que se interponían entre ellos y los protoss de Aiur. La amenaza de la violencia se propagó como una enfermedad infecciosa. Más protoss comenzaron a empujarse entre sí en un esfuerzo por superar la línea de soldados.

—¡Alto! —Vorazun se esforzó por proyectar su voz psiónica sobre el ruido de la muchedumbre, pero sin resultado.

—¡Mohandar ha muerto! —gritó un nerazim invisible—. ¡Esto es obra de los protoss de Aiur!

—¡Fuimos nosotros!— replicó Vorazun—. ¡Nosotros hicimos esto!

Esta vez el gentío la oyó. Uno a uno, los protoss se calmaron y se giraron hacia Vorazun. La inquietud se dibujó en los rostros de los nerazim. Los protoss de Aiur no eran fáciles de interpretar, pero Vorazun sabía que debían de estar experimentando su propia confusión a través del Khala.

—Fue un nerazim el que acabó con Mohandar —continuó Vorazun—, y un nerazim el que tomó el control de la Ciudadela. Querían volvernos contra los protoss de Aiur y acabar con los daelaam, pero...— Vorazun se apagó, sin saber qué decir.

Volvió la vista a la figura inerte y arrugada de Mohandar. Sin el anciano, el liderazgo de los nerazim recaía en Vorazun. Ella tenía el poder de decidir el futuro de su pueblo, y del mundo.

Vorazun podía persuadir a los nerazim para abandonar la Armada. Si lo hacía, salvaría vidas nerazim, pero su pueblo sería recordado por haber dado la espalda a los protoss de Aiur cuando más lo necesitaban. Una decisión tan radical no era la respuesta. Solo alimentaría más odio entre los nerazim y los protoss de Aiur, que a su vez provocaría la aparición de más rebeldes violentos como Taelus. Los daelaam no sobrevivirían a esa tensión. Se hundirían desde dentro.

Mohandar tenía razón: los nerazim podían ser mejores que todo eso. Vorazun tenía que encontrar el equilibrio entre proteger a su pueblo y la unidad. Y Aiur era crucial para ese equilibrio.

—Sé que muchos de los míos temen por el futuro —dijo por fin Vorazun—. Yo también lo hago. Los daelaam han constituido todo un reto. Han puesto a prueba nuestra voluntad. Pero somos nerazim. Nuestros antepasados se enfrentaron a lo desconocido y vinieron a este planeta a forjar una nueva identidad. No tenemos que abandonar a nuestros aliados para conservar esa identidad. Es lo bastante fuerte para sobrevivir a *todo*, ¿o acaso no es así?

Vorazun percibió que algo cambiaba en los nerazim congregados. Sutiles cambios de postura y expresiones faciales que indicaban que estaban de acuerdo con ella. Su furia se desvanecía.

—Nuestro deber es apoyar a los daelaam y ayudar a que los protoss de Aiur recuperen su planeta natal —continuó con una voz cada vez más llena de poder—. Perderemos vidas en la guerra, pero serán por una causa justa. ¡Y al final, en la victoria y en la derrota, seguiremos siendo nerazim!

* * *

La muchedumbre se dispersó pacíficamente. Tras hacerlo, los fanáticos acompañaron a los prisioneros nerazim fuera de la Ciudadela. Resplandecientes campos de energía azules envolvieron a los jóvenes rebeldes. Correas de metal de cobre que vibraban con poder psiónico

esposaron sus manos. Ninguno de los rebeldes quería cruzar la mirada con Vorazun al pasar, aunque tendrían que hablar cara a cara con ella más tarde.

Los últimos dos fanáticos portaban el cuerpo de Taelus.

—Colocadlo aquí. —Vorazun se desplazó hasta donde se hallaba el cuerpo de Mohandar.

—¿Junto a Mohandar? —preguntó uno de los fanáticos—. Es un asesino.

—Aun así, merece ritos funerarios. Es la costumbre nerazim.

Tras un breve titubeo, los fanáticos colocaron el cuerpo de Taelus en el suelo. Vorazun se arrodilló para inspeccionar al nerazim muerto. La sangre manaba de los ropajes del pecho donde le había asestado el golpe mortal. Se tocó la frente y susurró: —Has luchado bien, joven.

—Es muy noble por tu parte mostrarle ese respeto.

Artanis se acercó a Vorazun, ataviado con sus vestiduras de batalla doradas. Se arrodilló cerca del cuerpo de Mohandar y estrechó una de las frías y arrugadas manos del anciano.

—Hizo lo que consideró mejor para su pueblo —replicó Vorazun—. Y era un amigo.

Artanis asintió. —He perdido a muchos amigos, y me temo que perderé aún más en los próximos días. Pero con el apoyo de los nerazim, sé que venceremos y recuperaremos Aiur. Gracias por lo que dijiste, y por lo que hiciste en la Ciudadela. Serás una gran líder para tu pueblo.

—¿Apoyarás mi proclamación?

—Lo haré —dijo Artanis.

La afirmación sorprendió a Vorazun. Levantó la vista de Taelus y se topó con la mirada de Artanis. —Yo ayudaré en la invasión lo que pueda —dijo Vorazun—, pero no soy Mohandar, ni Raszagal. No puedo comprometer todas mis fuerzas en la guerra y dejar este planeta indefenso. Por lo tanto, debo quedarme con un contingente de guerreros nerazim y proteger Shakuras.

—Lo comprendo, y rindo honor a esa decisión. —Artanis ofreció la mano abierta a Vorazun—. Sabes lo que es mejor para tu pueblo y tu mundo.

Vorazun tomó la mano del Jearca y se puso en pie.

—¿Adónde los llevamos ahora? —Artanis señaló los cuerpos—. Si me lo permites, me gustaría llevar a Mohandar y asistir a los ritos funerarios.

—¿Tendrás tiempo, con todos los preparativos de la Armada?

Vorazun sabía que Artanis podía ofenderse con esa pregunta, pero era una preocupación lógica. Para su sorpresa, el Jerarca no mostró signo de irritación.

—A partir de ahora, intentaré disponer de todo el tiempo posible.

Vorazun asintió, y levantó a Taelus en sus brazos. Artanis hizo lo mismo con Mohandar.

Juntos, descendieron por la escalera de la Ciudadela. Cristales esmeralda y encarnados brillaron por el nivel más alto de Talemartos, señalando el comienzo de un nuevo día.

Y entre las estrellas del cielo, invisibles al ojo desnudo, decenas de miles de protoss proseguían sus preparativos para la Gran Armada. Uno de estos días, partirían a Aiur. De los nerazim que fueran con él, muchos no volverían. Pero siempre serían recordados y, de las sombras que proyectaban, un nuevo y glorioso legado surgiría.